



COMISIÓN 6

Licenciatura en Comunicación Social

Índice

1. Vida después de la muerte. Aylén Acosta
2. Deseo del fantasma. Juan David Álvarez
3. Una excursión espantosa. Eduardo Aquino
4. El infierno me tocó a mí. Lorenzo Báez
5. Un viaje más allá de los planes. Juan Pablo Balma
6. La realidad de los adultos. Verónica Cataldi
7. ¿Y si el comienzo fuera el final? Nicolás Cobo
8. Gélido. María Antonella Damia
9. Condenado a vivir. Claudia Torres Delgado
10. Soledad y placer. Candela Gimenez
11. Mi cielo es mi hogar. Daniel Guardia
12. La caja. Greta KeesKrotter
13. Incertidumbre. Julieta Koon
14. Liberación final. Camila Laborde
15. Él. Diana Matarozzi
16. Vendetta. Pablo Mollo
17. La espera. Tomás Muñoz
18. Blues de Citroën. Pablo Multini
19. Del purgatorio al paraíso. Quimey Ortiz
20. El escape. Mariana Oviedo
21. Para empezar, diré que es el final. Andrea Parada
22. Corta agonía. Bruno Pérez
23. Política y venganza. Benjamín Picasso

24. Si la hubiéramos ayudado. Charo Romero
25. Todo en el lugar. Candela Rossi
26. Mi paraíso. Juan Esteban Solorzano
27. Venganza fotográfica. Nazareno Sosa

Vida después de la muerte

Aylén Acosta

Me encontraba en mi habitación cuando decidí tomar una breve siesta. Caí en un sueño profundo, pero algo extraño empezó a ocurrir. Sentí que mi alma se desgarraba y pude notar que ella salía de mi cuerpo.

Comencé a elevarme. Sabía que había muerto, pero no entendía hacía dónde me dirigía. Vi un túnel, que por cierto olía a perfume. Cuando llegué al final, me encontré con un cielo, con otra dimensión en donde había calles de oro, también ángeles que le cantaban a un señor, que por lógica supuse que era Dios y tocaban instrumentos que en la tierra no sonaban así.

Pude ver flores, con muchos colores y texturas diferentes a las de la tierra de donde yo venía. Otra particularidad que llamó mi atención fue que existía una paz la cual jamás había experimentado, que es, sin duda, indispensable porque a su vez es muy complejo de explicar.

En ese lugar, también había personas que estaban vestidas de blanco, al igual que yo. Todos parecían que estaban en una fiesta; alegres, contentos y disfrutando de ese lugar.

Deseo del fantasma

Juan David Álvarez

Sonó un terrible estruendo, era el muro que se estaba cerrando. Todo estaba completamente oscuro y un olor a humedad se sintió en el ambiente. De repente, se encendieron unas luces; eran velas que estaban ubicadas en círculo, alrededor de la habitación, la niebla empezó a hacerse visible en el ambiente, mientras la temperatura aumentaba en el lugar.

En el medio de las velas, había un sofá muy antiguo, estaba desgastado y parecía el trono de un rey. Virginia empezó a mirar más al fondo y logró ver un cadáver de una persona, quizás del fantasma. La respiración de Virginia se comenzó a agitar, su ritmo cardíaco se aceleró, estaba muy asustada. El fantasma se le acercó y la tomó de la mano, la aproximó al sillón y empezó a tocarla. Puso su mano en su pecho; ella temblorosa, lo empezó a desvestir, prenda por prenda.

El fantasma, de la misma manera, con sus manos en las piernas de Virginia, le sacó su largo vestido mientras dejó caer sus bragas hasta sus tobillos; abrió sus piernas y se sentó sobre el desnudo fantasma, introduciendo este, su falo en Virginia.

Ella comenzó a moverse. Estaba sudando. Tenía su cuerpo frío del susto y del estupor que le causaba estar con el fantasma, finalmente cumpliendo el deseo y en busca de clamar su líbido. Fue así, durante un buen rato hasta que pudo satisfacer al fantasma.

Una excursión espantosa

Eduardo Aquino

El peor viaje de mi vida transcurrió cuando tenía 11 años de edad y estudiaba en la escuela primaria N° 33, en Berazategui. Quién diría que una simple excursión terminaría tan mal para mí.

La mañana del 22 de septiembre de 2012 estábamos ahí, en el patio del establecimiento con mis compañeros esperando a la profesora para salir hacia la escuela Juan Vucetich (escuela policial). Muy emocionados todos, habíamos esperado este viaje hacía mucho tiempo ya que nos lo habían prometido desde principio de año.

El colectivo escolar llegó y todos nosotros subimos en busca del mejor lugar. Estábamos exaltados, al fin y al cabo éramos chicos de 11 o 12 años de edad. En ese momento, comenzó lo que se esperaba sea un buen viaje a un paseo horrible. No porque pasase alguna tragedia ni nada de eso, sino por cómo lo viví.

Llegando a destino, la profesora me llamó por primera vez la atención, con calma seguí adelante con la excursión. Pasando un tiempo ya, otro reto hacia mí. No podía esperar menos si me portaba horrible. Acto seguido, comencé a llorar de manera impresionante, a lo que la profesora tomó la decisión de ponerme en la fila de las niñas con lo cual me puse mucho peor y así toda la tarde sin consuelo alguno.

Cuando regresamos a la escuela alrededor de las 17:00hs un poco más calmado, pero no del todo, bajé del colectivo no saludé y me fui con mi mamá que me esperaba allí.

Ese día, claramente, fue el peor viaje de mi vida.

El infierno me tocó a mí

Lorenzo Báez

Por un tiempo, fue el amor de mi vida, la verdad era todo muy hermoso. Soñaba con una vida juntos, y todo lo que sentís cuando estás enamorado.

De a poco, en realidad sentí que fue en un abrir y cerrar de ojos, la relación se fue desgastando. Tal vez se fue el amor y seguíamos por costumbre, no lo sé, pero sí sé que mis sentimientos eran cada vez menos. Las peleas dejaron de ser porque uno se comió el alfajor del otro y comenzaron a ser cada vez más fuertes y más seguidas.

Lo que me llevó a estar escribiendo este texto fue el peor día de mi vida, no puedo creer que haya tenido que pasar por todo esto. Obviamente no falta la pregunta ¿Por qué a mí? Y que aún me sigue haciendo ruido en la cabeza todos los días.

Me acuerdo que fue en junio del año pasado, ya para esa altura la relación estaba llegando a su fin.

Sentí un alivio, no voy a mentir, fue un peso que me saqué de encima. No aguantaba más los maltratos, las puteadas, las mentiras, sentía que estaba viviendo en un infierno, no podía encontrar una salida o, mejor dicho, no lo podía enfrentar.

Volviendo a lo que contaba, ese día fui hasta la casa y le dije que no aguantaba más y que decidía terminar todo, que me perdone, aunque no estaba mal lo que hacía. Al principio, se lo tomó bien, nos saludamos y arranqué a caminar para mi casa. En el camino iba pensando en el miedo que tenía de que se lo tome mal y reaccione. En un momento, sentí que me tocaban bocina, era esa persona que no podía ni ver, me estaba persiguiendo hasta que frenó al lado mío y me dijo que suba que me llevaba. Le dije que no, que quería volver caminando. Me obligó a los gritos.

Nos fuimos supuestamente para mi casa, pero terminamos yendo para otro lado que no conocía. Pensaba en que no quería que me haga nada. Discutimos todo el camino, al llegar apaga el auto y me gustaría saber que pasó, pero desperté en un hospital con mi familia al lado, en ese momento caí que casi me toca a mí.

Un viaje más allá de los planes

Juan Pablo Balma

En el verano del año 2014, con mi familia del lado paterno, decidimos realizar un viaje a Entre Ríos por el auge que tenía el carnaval en esta época.

Emprendimos rumbo en dos autos, en uno iban mis dos hermanas, mi madrastra y el viejo, que por cierto apenas llegó del trabajo lo designaron como conductor sin tiempo a descansar. En el otro, viajamos mis tíos, mi primo y yo. Llegamos por la tarde de un viernes, faltaban tres horas para que comenzaran a rodar las comparsas. No quisimos ni desempacar que fuimos directamente a comprar las entradas.

La noche se prestaba para presenciar un espectáculo. Sin embargo, una especie de Comala para Pedro Páramo era lo que nos esperaba. No terminó de pasar la primera carroza de Papelito que mi papá entre la mezcla de insomnio y cerveza apoyó la cabeza sobre mis piernas y se durmió. Parecía a propósito, pero mi primo se perdía en la multitud y mis tíos pendientes de él no pudieron disfrutar del show. Para cerrar la noche, mi madrastra le erró a un escalón del escenario, fracturándose el tobillo como si tuviera uno de repuesto.

Después de esta travesía por Gualeguaychú, llegando a mi provincia natal, en uno de los peajes de la autopista, mi tío se dio cuenta al intentar pagar, que su billetera no estaba en su bolsillo. Esto era consecuencia de una de las tantas “virtudes” de mi primo, el a veces cosas de poco valor pero este no era el caso.

Al llegar a casa, ni los perros se nos acercaban, parecía que teníamos un repelente de mala vibra. Lo único que queríamos, o que yo quería, era entrar, comer y además de bañarme, dormir. Básicamente hacer lo que en el viaje no pude. Despertarme en la mañana del domingo y recordar esto como una pesadilla hubiera sido magnífico. Por desgracia pase todo ese día sentado en el hospital con mi viejo, esperando los resultados de mi madrastra que confirmarían un viaje más allá de los planes.

La realidad de los adultos

Verónica Cataldi

Su padre, que padre por dios, ese hombre era el culpable de todos los problemas de sus hermanas. Él era el culpable de la anorexia de Ámbar y de la obesidad de Amira, no solo culpable de los problemas alimenticios de ambas, sino que también de su forma de ser, sumisas. Los golpes no solo cambian el cuerpo, también a la mente.

Ricardo se comportaba distinto con ella, Maja era una chica bella al igual que sus hermanas, pero era ese estereotipo que toda chica quiere ser, asique la trataba como una prostituta, pero Maja no se callaba.

La empatía era lo que la describía, a veces percibía el miedo de su hermana Ámbar cuando su padre la llamaba violentamente, otras veces lo escuchaba. Ámbar cada vez que escuchaba un “Ámbar vení” saliendo de la boca de Ricardo sentía ese endurecimiento de sus músculos haciendo que no pueda moverse, pero ella lo hacía igual porque si no una paliza la esperaba. Bajaba la escalera corriendo, pero se detenía en los últimos tres escalones, se orinaba encima, veía que la estaba esperando Ricardo con un cinturón en la mano, se había portado mal.

Pasaron los años y todo siguió igual, Ricardo seguía siendo el mismo borracho violento, ella ya tenía dieciséis años y acostumbraba a ir a fiestas de quince casi siempre con su familia porque eran amigos de los padres de la quinceañera.

Finalizando la fiesta todo parecía normal, Maja y Ricardo habían bailado mucho, por un momento pensó que él había cambiado, pero como todo alcohólico primero es bueno y luego malo. El padre de familia no quería salir de la fiesta. Ya eran las 5 am y todos ya se estaban yendo. Maja le dio la idea a su madre de irse y esperarlo afuera en el auto. Amira se había ido temprano, solo eran su madre, Ámbar y ella. Para Maja fue una buena idea la que le dio a su mamá, pero no sabía que iba a despertar un horrible monstruo, iba a ver por primera vez la realidad a la que se enfrentaba día a día su mamá, la realidad de los adultos.

Ricardo se subió tambaleando al auto, su cuerpo pesado cae sobre el asiento haciendo rebotar el auto. Pega un puñetazo en la guantera y dice “déjame manejar a mí”, ellas siguen en silencio y Victoria comienza a manejar. Saca la cabeza por la ventana gritando “esto es mío, solo mío”, Ámbar tira de su camisa para que vuelva a sentarse. Se sienta y comienza a denigrarlas diciendo “todo esto que tienen (zamarreando la ropa de su esposa) me lo gané yo y se los di” “lo único que quieren es plata”, “a mí no me quieren, quieren mi plata. Chupa sangres”. Victoria le pidió por favor que se calle, él le pega una cachetada y luego una trompada en el pecho. Ámbar desesperada busca proteger a su madre que estaba shokeada y golpea a su papá.

Maja expectante de la situación llora hecha un bollo aguantando todo su dolor algo iba a hacer, su boca seca por el miedo empezó a llenarse de saliva. Desorbitado de la furia su padre da la vuelta arrodillado sobre el asiento y dice “vos que miras prostituta”, sobrándola, “todo lo que tenés te lo di yo”, tocando su pecho con el dedo índice, “mira cómo me pagas”, mientras cada vez acerca más y más su cabeza a ella casi pudiendo sentir su aliento a vino y los escupitajos que salen de su boca con cada palabra.

Llegaron a la ciudad, Ricardo pide que le abran la puerta del auto, sale dejando la puerta abierta y comienza a llorar en una esquina. Victoria gritando pide que regrese al auto. Maja rápida y temerosamente baja de la parte trasera y se sienta junto a su mamá.

Maja desesperadamente pide a victoria que se vayan, pero está perpleja, ella misma pone en marcha el auto y con sus manos aprieta el embregue y el acelerador para que su mama maneje.

Ricardo se había quedado allí, la más violentada de sus hijas, Amira, junto a Victoria habían salido a buscarlo. El apareció una semana después sin dar explicaciones. Maja nunca más lo iba a perdonar, él fue el culpable de su depresión.

¿Y si el comienzo fuera el final?

Nicolás Cobo

Nunca supe cómo terminé acá. Pero en el momento que me di cuenta, ya era tarde para volver el tiempo atrás. Un viaje, un accidente y hasta ahí recuerdo. Para cuando me desperté, ya me encontraba acá.

En el preciso instante que logré recuperar la conciencia, sentí un gran alivio, como si toda responsabilidad y todo miedo desaparecieran de repente. Mi corazón ya no latía y mi cuerpo no vivía. Pero yo estaba, existía, y esto mismo me causaba una intrigante sensación de temor y curiosidad ¿Qué tan feo es no vivir? ¿Es la muerte el fin? ¿Estoy ahora en el más allá? ¿Más allá de dónde? No tenía ninguna certeza, pero esa falta de respuestas ya no me impacientaba como antes. Ahora que en verdad, conozco la muerte siento que toda mi vida le tuve temor sin motivo alguno, no sé si por lo incontrolable o lo indescifrable que tanto la caracteriza.

Mi cuerpo estaba allí hundido en la tierra y observaba las flores desde abajo. Aunque mi yo había perdido toda manifestación material, todavía sobrevivía la autoconciencia que me había acompañado durante toda mi vida.

Fue en ese momento y por primera vez, que pude sentir la calma y el placer de divagar por ahí, sin rumbo ni preocupación alguna. Me dejé llevar por las luces y los ruidos, en ese camino que no tenía ninguna dirección, pero conducía a todos lados. Al fin encontré el sentido de que no haya sentidos, toda una vida equivocado que ya ahora me encuentro desahogado. El destino del ser, simplemente trascender.

Gélido

María Antonella Damia

Irene sentía como el frío iba tomando su cuerpo. Se sentía muerta, y quizás pronto iba a estarlo. El miedo no le permitía pensar de forma clara. No encontraba solución posible. Escuchaba sonidos por encima de ella, pero eran lejanos y algo en su interior le aseguraba que no importaba que tan fuerte gritara, nadie la iba a salvar.

Pasaron minutos, quizás horas, hasta que se escucharon voces. Voces masculinas y femeninas. Lloró y pidió auxilio con todas sus fuerzas, pero fue en vano, no la escuchaban.

Irene estaba enterrada en el cementerio de su ciudad natal, dentro de un ataúd casero armado por quienes la dejaron allí. Esos hombres habían querido castigarla porque ella no accedió a tener relaciones con ellos. Estos se encargaron de que el jardinero del cementerio los dejara pasar a la noche para hacer un pozo y dejar a Irene allí. Buscaban torturarla y, al mismo tiempo, callarla para siempre, pues lo que le hicieron a su cuerpo antes de enterrarla, es irrelatable.

Luego de escuchar las voces, Irene había resignado toda esperanza de vida, pues pensaba que en algún momento iba a sucumbir por falta de agua, comida o frío. Estaba desesperada, no sabía qué hacer. Conforme pasaba el tiempo, gritaba hasta que los pulmones se le agotaban y rasguñaba la madera en un intento de salir, lastimándose las manos, que ya no tenían uñas, prácticamente.

Irene soñaba en sus ratos sin crisis. Incluso rezaba. Lloraba horas y dormía cuando su cuerpo se rendía. Había perdido toda noción con respecto a qué momento del día y que momento era la noche. Uno de esos días supo que llovió, ya que el olor a tierra mojada primero le atravesó la nariz, y luego llegó el agua, abriendo surcos hasta donde ella yacía, empapándola.

A esa altura, Irene deliraba del dolor, la angustia, el hambre y la deshidratación. Su vida no podía acabar de una manera más tenebrosa.

La policía, por otro lado, estaba empleando como método de busca a sus sabuesos, los cuales si pudieron adivinar el paradero de la chica. Estos se alteraron al pasar por encima de donde no debería haber nadie enterrado. Ladraban hacia el suelo, y le dieron la pauta a la policía de donde debían excavar.

Irene alertada por el ladrido de los perros, gritó con las pocas fuerzas que le quedaban, y lo último que vieron sus ojos fue el rayo de luz que las palas abrieron a través de la tierra.

Condenado a vivir

Claudia Torres Delgado

El mercado, el día que Jean-Baptiste nació, fue aún más pestilente, rodeado de desechos putrefactos de los cuerpos desmembrados, se sumó la sangre del parto de su madre. Ese olor a muerte se mantuvo en el aire, pues el grito descarnado de ese recién llegado a la vida le puso la condena a su propia madre.

En aquel tiempo, la sociedad juzgaba como el peor de los crímenes si una mujer se negaba asumir la pesada carga de alimentar una boca más. Esa misma muchedumbre convencida de ser referente de la moral, sin mediar razones, ni saber los dolores de esa mujer, por el bien del hijo, arrebató la vida de su madre.

La tortura de esa joven mujer, la madre de Jean, que venía cargando con la crianza de otros 5 niños, era una batalla diaria por sobrevivir.

El pequeño Jean inició desde el primer día, el camino que marcaría el relato de su vida. Su historia de sobrevivencia pasó a ser el inicio de su despojo, sin su madre no le quedaba otro camino que ser un hijo del rigor, sin afecto y protección diaria.

Su futuro incierto, en la vorágine de esos tiempos modernos, del comprar y vender, del ser y tener, pusieron al niño en hogares ajenos, lejos de su identidad primaria, de su historia.

Desde ahí, el despojo continuo fue su realidad, como una condena por nacer pobre y solo. Allí, tomó más sentido el incomprendido camino que su madre había tomado para él, porque quizás esa era su salvación.

Soledad y placer

Candela Giménez

Ese día la soledad invadía su departamento. Aquella mujer, sola por decisión propia, había tenido un día agotador. Mucho trabajo, rodeada de estúpidos hombres. Vacíos y aburridos. Mal acostumbrada a comentarios dirigidos a ella y su aspecto. Algunos dirían

que la llenaban de piropos, pero en realidad, eran comentarios llenos de preconceptos y juzgamientos.

Ya sola en ese departamento, donde la oscuridad invadía el espacio y las manos se notaban independientes a su pesar, o quizás no. Se veían los ojos llenos de gozo, la respiración se entrecortaba y el aliento se escapaba entre sus labios. Se lo veía plena, disfrutando. Se conocía y estaba reencontrándose; ese proceso de separación entre la falsa moral social y el placer personal. Nada importaba y todo se podía.

La piel se eriza, el tiempo se detiene, se la ve distinta. Su cuerpo tiene movimientos eléctricos, se nota que no se controla. Este ordena movimientos bruscos y ella obedece. Se la ve despreocupada, tranquila, fogosa. Su cara cambia ¿Qué sentirá? Imagino una orquesta sonando, sus dedos dirigiendo esa orquesta. Los instrumentos de viento sonando y vibrando. Un estado de paz, pero a su vez, la música genera palpitaciones. Éstas aumentan; y de golpe se detienen, al igual que la música. El silencio aturde.

Mi cielo es mi hogar

Daniel Guardia

Solo recuerdo ver la luz, esa que dicen que ves cuando estás en tu lecho de muerte. Me sentí liviano, como si no tuviera peso ni masa, después de atravesar esa brillante luminosidad que me segó ya que entró en lo más profundo de mi pupila. Pude observar todo mi alrededor, a medida que la vista volvía reconocí ese lugar.

Me encontraba en mi habitación, rodeado de mis juguetes que estaban tirados bajo la cama, mis cuadernos, todos los textos que había leído semanas antes para mi examen, todo estaba intacto, tal cual lo había dejado.

Abrí la puerta y bajé por las escaleras, al llegar a la sala pude ver a papá y a mamá sentados en el sofá, con la televisión encendida y bebiendo un café. Me senté en el espacio del medio, entre ellos, para acompañarlos a ver el noticiero. Las horas pasaron y llegaba la hora de dormir, papá apagó todas las luces, mientras yo acompañaba a mamá a la cama. Esperamos juntos a papá, él llegó y nos tapó a los dos. Dormimos como cuando era un niño, los tres juntos.

Con la luz apagada y todos dormidos me percaté de que ellos no me veían ni me sentían, vi mi foto con una rosa y una vela prendida en la mesa de luz. Me di cuenta de que estaba en el cielo; en ese paraíso que dicen uno va cuando muere. Estaba en mi hogar.

La caja

Greta KeesKrotter

Un día nublado, oscuro y desesperante como hoy, mi vida corría riesgo.

Lo único que sentía era odio, miedo e ira. Tenía ganas de seguir viviendo, pero no luchando de esa manera, de esa forma tan brutal.

Quería que esa maldita caja se partiera en veinticinco pedazos y salir corriendo a abrazar a mis hijos. Quería ser libre después de tanto tiempo.

Convivir con sonidos extraños, voces que no conocía y el no saber qué era lo que pasaba afuera me hacía desesperar. Me frustraba saber que había gente que para ayudarme y sacarme de ese lugar pero nadie podía escucharme, me era trágico.

Todos los días me preguntaba por qué yo los escuchaba y ellos a mí no. ¿Sería una confusión mía? ¿Dónde estaban mis padres? ¿Cómo hacía para salir de ahí? No sabía cómo podía seguir respirando en esa maldita caja.

Todos los días me llenaba la cabeza de preguntas y no tenía respuestas para ninguna. Terminaba llorando y bebiendo las lágrimas mismas para poder calmar mi sed. Mi estómago no sentía ni hambre de la ira que tenía. Mi corazón latía cada vez menos, mi garganta me dolía de euforia con la que gritaba. A mi alma, por otro lado, ya no la sentía ni presente.

El dolor que tenía en mi pecho era de la angustia que me consumía cada día más. Llegó el día en que solo quería morir y desaparecer. Pero otra vez en mi mente aparecían mis hijos y mis padres, mis amigos, mis compañeros. Los únicos que por los que seguía luchando hasta que mi cuerpo y alma no pueda más contra esa puta caja.

Un día luego de pasar por una gran crisis decidí cerrar los ojos y que el universo guie mi alma para donde realmente debía ir. Luego de cerrarlos, lo único que sentí fue un alivio después de mucho tiempo. Entré a un sueño eterno en el cual solo pude empezar a recordar la totalidad de mi vida.

Y de un momento para otro, mi mente pasó a ser un agujero negro, mi cuerpo logró por fin dormirse por y para siempre.

Incertidumbre

Julieta Koon

Todo está oscuro y no logro entender en dónde estoy. Mi alrededor es duro y macizo. Creo estar encerrada entre cuatro paredes de madera, ásperas y con astillas. Las cuales parecen no querer dejarme ir.

Mis pies están inmóviles, las caderas me aprietan. Casi no tengo fuerza, estoy débil. No me siento capaz, pero lo intento. Por alguna razón conservo una mínima esperanza de poder escapar. Golpeo sin parar, desesperada. Mis gritos son más fuertes que mis golpes, mi desesperación es más fuerte que mis gritos. No entiendo cómo ni por qué llegué hasta acá, pero aun así peleo por salir.

Caigo con fuerza. Un golpe seco, de esos que duran un segundo, o que al menos así se sienten. Escucho murmullos. Voces. Tierra desmoronándose. No logro decidir si esos son dos que me ayudan a mantener la cordura o desencadenan los pensamientos más lúgubres con los que alguna vez pude llegar a encontrarme.

Siento olor a tierra mojada. Ese que me recuerda a los días de lluvia desde mi ventana, pero esta vez lejos está de ser placentero. Tengo frío. Ese frío húmedo que penetra y no te suelta hasta hacerte temblar. Dudo que el calor vuelva a recorrer mi cuerpo. Mis lágrimas quieren salir. Amargas, como el gusto del primer cigarrillo en la mañana. Las siento en todo el cuerpo. Pero no las dejo, porque si lo hago, tal vez no se detengan.

Los ruidos desaparecieron, pero todo me retumba. No tengo reloj, pero sé que el tiempo acá es eterno. La oscuridad es tal que tener los ojos cerrados o abiertos, da lo mismo. No importa qué elija, ahora en mi mente solo encuentro oscuridad.

Sueño con poder despedirme de todo lo que alguna vez pude querer. El aire puro y volver a caminar, son cosas que se convirtieron en un lujo. La luz del sol, ahora es una fantasía. El capricho de querer escuchar tu voz una vez más, se torna incumplible.

La boca me aprieta de tanto aguantar. Mi nariz empieza a recordar tu olor. Mis manos tu piel. Mi corazón tu calor. Suelto una risa efímera, algo nostálgica. De esos que aproximan una despedida llena de resignación. Empiezo a desvanecerme. Siento un último cosquilleo en el cuerpo y por fin, me dejo ir.

Liberación final

Camila Laborde

Simón Canterville llevó a Virginia por un pasillo oscuro, ella sentía miedo, no podía ver nada. En un momento, la muchacha notó cómo su zapato se despegaba del piso con

dificultad; había pisado algo viscoso, no sabía que era, pero si sabía que se estaba arrepintiendo de haber tomado la decisión de ayudar al fantasma.

Más allá de esto, decidió no regresar, el fantasma merecía morir, tener paz. Antes de que se diera cuenta llegaron a una habitación muy oscura, su olor y aspecto no eran muy agradables. Quiso tocar uno de los viejos muebles que había, pero antes de hacerlo, Simón comenzó a explicarle lo que debía hacer para que él obtenga su liberación.

Para lograr el cometido del fantasma, ella debía arrodillarse arriba de la alfombra roja cubierta de polvo que se encontraba en el centro de la habitación y rezar en nombre de él. Había posibilidades de que sintiera dolor, pero nada le iba a suceder; y así fue.

Virginia realizó los pasos y soportó el dolor hasta que, en un momento, vio como el cuarto se iluminaba. Los colores volvieron y el polvo salió de la alfombra, las paredes en realidad eran verdes y los muebles marrones.

Se paró sonriendo y giró para encontrarse con Simón Canterville. Lo había logrado, pero él ya no se encontraba en la habitación, había sido liberado.

El único problema con el que debía lidiar luego de eso era como volver al castillo. Fácilmente pudo resolverlo debido a que ese pasillo tenebroso y sucio ahora estaba iluminado y sorprendentemente limpio.

Siguió ese camino y logró volver a su hogar, estaba feliz por haber ayudado al señor Canterville y, no lo iba a negar, también estaba contenta porque sus pinturas podrían ser utilizadas por ella y no por alguien más.

Él

Diana Matarozzi

¿Por qué me está mirando de esa forma? Siento que me falta el aire, que la realidad en la que estoy no existe. Me mira muy fijo, creo que quiere acercarse a mí y susurrarme la verdad que no necesito ver.

Mis dedos se dirigen a su cuello. Tengo que pararlo, no me va a decir la verdad. Estoy sudando, la gota cae por mi frente, deja a su paso una línea de sudor por mis pómulos bajando hasta mi barbilla, y luego solo cae.

Me duelen los muslos, creo que se debe a la fuerza que ejerce mi ser contra lo que no necesito ver ni saber ¿Por qué me quiere obligar? Selo estoy pidiendo a gritos con mi

mirada, pero creo que no entiende el simple lenguaje de negar e ignorar. Se da vuelta hasta quedar mirando hacia el costado perdido de mi rostro, no quiere verme.

Tengo que apretar más fuerte porque se cree invencible, poderoso. Pero le voy a demostrar que así no es. Yo soy más poderoso que él. Le voy a clavar mis uñas hasta que se hundan en su carne y perforen su verdad. No lo quiero lastimar, pero si no lo hago no podré huir y mi vida sería triste. Sería tonto de mi parte dejarlo ir. Sería iluso si creo que va a dejarme escapatoria.

Me vuelve a mirar y nuestros alientos chocan entre sí hasta hacerse uno. Parece que no está asustado o por ahí solo quiere mantenerse tranquilo en su pesar. Me duele la boca, la siento fría como si estuviera apoyada sobre un vidrio congelado y sucio. Me duele que esté sucio y es un claro mensaje de que mis labios se consumen entre sí, se mezclan con el frío, dejan de ser míos. Me duele el pecho y pareciese que está subiendo y bajando sin parar, mi corazón quiere escapar de mi cuerpo para abandonarme, para dejarme en un callejón sin salida.

Sus cabellos revolotean por el viento, en cámara lenta cada fibra de cabello da vueltas y vueltas, chocan entre sí, se maltratan y golpean, se unen y se alejan. Me pregunto si ya no está cansado de todo, si no está cansado de mí. Sus brazos están inertes, caen en picada y sus dedos rozan el espacio de nuestro alrededor, haciendo un paréntesis entre él y yo.

¿Se quiere alejar ahora? Después de todo esto, fueron mis acciones comprometidas las que causaron que la tristeza llegara y que el dolor asesinara el amor. Que tonto que es, seguro que pensaría que sería más fácil para él su vida si se alejaba de todo. Ahora debe morir. Yo terminaré con la injusticia de su verdad, porque a pesar de que se quiera rendir, me quiere seguir contando aquella maldita verdad.

Vendetta

Pablo Mollo

Camino, mis suelas se hunden en un pavimento abrumado por la intensidad del sol veraniego, cada paso viene con un pensamiento nuevo ¿Por qué? Esa es la pregunta ¿Debo hacerlo? Ese dilema me carcome la conciencia ¿Mi acto generará nuevas consecuencias? No lo sé, supongo que obtendré la respuesta en el momento.

Cada día, cada mañana, cada tarde, cada anochecer, te recuerdo como si fuera ayer. Me acuerdo de tu cara, de lo iluso que fui, de lo cegado que estaba, no pude ver tu verdadero rostro, tu rostro, con todas tus facciones repletas de maldad. Dios sabrá que hubiera sido de mí si desde un momento te hubiera ignorado, solo él sabe.

Varios años transcurrieron, años de terapia, de cicatrices sin cerrar, de inseguridades cada vez más aferradas a mi modo de ser. Varios años han pasado, pero yo no me olvido. Nunca me gustó ser dramático, tampoco hacerme la víctima, pero sinceramente esta situación me sacó de mis cabales.

Caminaba, la música se sobreponía al sonido urbano, música proveniente de mis auriculares; mis manos están en mis bolsillos, cada una estaba en forma de puño, de puño lleno de ira, de ira vieja. La gente pasaba y yo seguía, cuadras atrás estaba dubitativo, pero en ese momento tenía un solo objetivo. Doblé en la esquina, la ansiedad se apoderaba de mí, pero me calmé, quería estar consciente para saborear cada momento.

Toco tu puerta, escucho tus pasos, y en ese mismo momento, antes de vernos las caras, te hice una promesa, aunque no la hayas escuchado.

Te juro, por todo lo que me importa en este mundo, te lo juro, que después de esta visita quedamos a mano.

La espera

Tomás Muñoz

Era una cita, la tercera, se estaban conociendo, pero ambos sentían que era la persona indicada. Se juntaron en la casa de él. Cocinó un delicioso pollo a las finas hierbas para su invitada, olía genial. Descorcharon un fino vino para acompañar con la cena mientras disfrutaban algunos quesos y panes. Sobre la mesa había unas rosas hermosas color rojo, intenso como el de los labios de ella. También se encontraba un candelabro con algunas velas encendidas cerca de los platos y las copas.

Sofía tenía puesto un top rojo con los hombros descubiertos, un collar colgaba de su cuello y junto a él se veían unos grandes aros redondos plateados casi cubiertos por su cabello lacio castaño claro. Estaban esperando que se terminara de cocinar el pollo cuando de golpe se corta la luz. Prendieron las velas que faltaban para verse con mayor claridad. La cita perfecta se transformó en una cena a la luz de las velas. Era increíble

para él ver el reflejo del fuego en sus ojos marrones y su bella sonrisa. Observar como el labial se marcaba en el borde de la copa de vino.

Todo estaba listo, comieron entre risas y anécdotas, disfrutaron del jugoso pollo mientras seguían hablando, se sirvieron varias copas de vino y en cada una de ellas se veían marcados sus labios. Él se derretía cuando esto ocurría y ella lo sabía. Una vez terminada la cena continuaron con el postre, era helado. Sabía cual eran los gustos favoritos de la dama. Una vez terminado el postre se quedaron hablando en la mesa porque la luz aún no había vuelto. No paraba de verle los labios gruesos colorados, y no aguantó más, se acercó a ella para besarla. Sofia lo estaba esperando hace tiempo. De cerca se sentía el dulce perfume que tenía puesto, bajó hacia su cuello y el aroma se hizo más intenso. Entre medio de los besos se escapaban sonrisas de aprobación y disfrute de la situación. La agarró por la cintura, ella del cuello y el pelo mientras se dirigían lentamente hacia el sillón ubicado a pocos metros de la mesa donde todo empezó. Era algo que ambos esperaban desde la primera cita.

Blues de Citroën

Pablo Multini

Aquel viernes invernal de 2001 terminaba la jornada laboral a las cinco de la tarde. El hambre me asediaba, no había tenido tiempo de almorzar por la vorágine que implicaba el trabajo de mensajería en Capital Federal.

Estaba llegando a pie a la esquina de Lima y Perú para encontrarme con Fernando, un amigo con quien volveríamos a la ciudad de La Plata a bordo de un Citroën.

En aquella esquina confluimos a la vez, había una estación de servicio. Mientras el playero de la estación cargaba nafta al automóvil fuimos al baño.

Al finalizar, subimos al coche y nos dispusimos a regresar a casa. De camino, nos cruzamos con nuestro local de comidas favorito, detuvimos la marcha allí y nos entregamos al placer de comer luego de un arduo día.

No contamos con más dinero que el suficiente para saciar el apetito, una vez terminamos de comer continuamos al regreso.

Tomamos el camino antiguo evitando la autopista pues el Citroën no podía circular por vías rápidas. Al llegar a la altura de Bosques el auto dejó de funcionar, directamente se detuvo el motor.

Mi amigo podía exhibir una serie interminable de problemas con el coche, pero esta vez descubrimos que el motivo que justificaba la falla no tenía que ver con la mecánica, sino, con la honestidad del playero que tomó el dinero pero jamás cargó el combustible.

Miramos alrededor y caímos en cuenta que era de noche y que la zona no era amistosa. Afortunadamente, a 300 metros, encontramos otra estación de servicio y dos pesos en el bolsillo que nos bastó para llegar a la ciudad y escribir un blues.

Del purgatorio al paraíso

Quimey Ortiz

Desde ese terrible accidente no desperté nunca más. Muy dentro mío, sentía que quería seguir viviendo, pero no fue así. El destino no lo quiso así.

Estaba en un lugar oscuro y frío, había muchas personas, parecía que estaban sufriendo en silencio pero no lloraban ni hablaban. Me di cuenta que estaba en el purgatorio. Me desesperé porque no quería estar más en ese lugar.

De repente vi una luz que nadie más la podía ver. Intenté correr hacia la luz esquivando a las personas y tratando de salir de ese ambiente de desesperación. Entré a esa luz y me encontré con un paisaje de muchos colores.

Había pájaros, verdaderamente existía la paz en ese lugar. No tenía mucha noción de ese lugar y no sabía cuánto tiempo pase en el purgatorio. Pero por fin mi alma se sentía en paz, lo necesitaba y sentía que había estado mucho tiempo sufriendo. En ese lugar había encontrado mi tranquilidad.

El escape

Mariana Oviedo

Me despierto y no sé dónde estoy, parece una cueva. Hay mucha humedad en las paredes y el olor putrefacto perfora mis pulmones, siento como si estuviese muchos metros bajo tierra. La luz es muy tenue, solo hay una pequeña lamparita que me deja casi en penumbras.

En cada costado de la luz, hay un túnel pero no puedo ver el final de cada uno, solo la más profunda oscuridad. Las paredes son de piedra, están húmedas y calientes. Hace mucho calor, estoy empezando a transpirar y la ropa me está asfixiando, me la saco.

Tengo mucho miedo, no me acuerdo qué pasó. El sentimiento de la muerte recorre todo mi cuerpo y nubla mis pensamientos. Mi último recuerdo en el estacionamiento del supermercado: un señor se me acercó y me dio un volante, después de eso veo todo nublado, ¿Dónde estoy ahora? ¿Me estarán buscando? ¿Me voy a morir? Es muy probable.

De repente escucho un fuerte ruido que proviene del final del túnel que está hacia mi derecha, tan lejos no debería estar porque se oye muy fuerte. Escucho como alguien está bloqueando la salida, ruidos de un martillo contra la madera. Alguien no quiere que me escape. Mi cuerpo comienza a correr para el lado contrario, como si mi sistema nervioso no le hubiese dado esa orden. El instinto de supervivencia se activa y mi corazón empieza a acelerarse, escucho los latidos en mis oídos, mi respiración se agita. Corro por el otro túnel, está oscuro y no veo nada. El calor me está sofocando. Intento correr más rápido, pero mis piernas no responden, así disminuyo la velocidad. Escucho la risa de un hombre, ¿estaré cerca de la otra salida?

A medida que voy avanzando escucho golpes en las paredes y caen al suelo los escombros, el polvo que esto produce me ahoga y me genera una fuerte picazón en la garganta. Avanzo con pasos firmes, no corro, no quiero hacer ruido. Me estoy mordiendo la lengua para no gritar, no veo absolutamente nada. Me encuentro con una pared, la toco y está húmeda. Si tuviera alguna herramienta creo que podría derrumbarla, pero solo tengo mi fuerza corpórea. Retrocedo cinco pasos, con cuidado porque el piso es de tierra y está mojado. Hay mucho barro. Me lanzo con todas mis fuerzas hacia la pared y le doy una patada. No me reconozco ni sé de dónde saco tanta fuerza, pero el esfuerzo fue en vano. Vuelvo a intentar, lo mismo. Al tercer intento esa pared se derrumba. Salto los escombros y al caer al otro lado me resbalo, siento que algo me corta la mano y empieza a sangrar. Paso mi lengua por la herida y es muy profunda, la sangre ácida deja en mí un sabor horrible pero aun así no logra desviarme.

La adrenalina es más fuerte y sigo derecho hacia mi objetivo. Veo que el túnel comienza a iluminarse, creo que estoy cerca de la salida así que empiezo a acelerar mis pasos. El putrefacto olor y la humedad es cada vez es menos intensa. Por fin logro salir a un bosque. La luz del sol me produce fotofobia y siento que mis ojos se van a prender fuego. El cambio de temperatura es brusco, hace mucho frío y yo me encuentro en ropa interior. Cuando logro acostumbrarme a la luz solar empiezo a correr, esquivando los árboles y ramas que me obstaculizan el camino.

El frío se va de mi cuerpo rápidamente y lleno mis pulmones de aire puro y fresco. Llego a la ruta, desconozco el lugar en donde estoy, pero me siento libre otra vez. Estoy sucia, el cuerpo me pesa y la mano me duele demasiado. Se detiene un auto gris conducido por una pareja de personas mayores. Al ver mi estado deplorable, se muestran muy solidarios y se ofrecen a llevarme al hospital más cercano para brindarme atención médica. Ahí supe que la pesadilla había terminado.

Para empezar, diré que es el final

Andrea Parada

Abrí los ojos otra vez. Por un milisegundo no pude ver nada, pero sentí muchas manos que me cargaban. Nunca me dio miedo la incertidumbre de la muerte, es más, me emocionaba. Ahora que sabía que mi vida terrenal había terminado, me preguntaba qué pasaría con ese nuevo comienzo, con ese nuevo fin.

Abrí los ojos otra vez. Me encontraba sola en la casa en la que había vivido toda mi vida. No había ni una sola cosa fuera de su lugar. Decidí subir a mi habitación con intención de despedirme. No me imaginaba que mi vieja casa fuera el cielo, tampoco podría ser el limbo ¿estaría sola siempre?

Abrí la puerta otra vez. No había ni una sola cosa fuera de su lugar. En la cama se encontraba el vestido color carmín, mi favorito, tal y como lo había dejado. El libro *Cuentos de Eva Luna* se encontraba con la página doblada en donde decía “niña perversa”.

¿Se había congelado el tiempo? La cuerda se encontraba rota en el suelo y la silla caída. Me hacía tenido una buena vida. Buenos padres, buenos amigos, buen comienzo de vida y buen fin. Lo había decidido en el momento indicado. No tenía ningún arrepentimiento. Decidí acostarme en las sábanas blancas a esperar. Esto podía ser mi comienzo, mi fin.

¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba el diablo?

Igual nunca había creído en esas pendejadas, pero algo tenía que existir, algo tenía que pasar luego de la muerte.

La puerta se abrió otra vez.

Corta agonía

Bruno Pérez

Estoy tirado en el piso, casi desangrado por la bala del revolver que va a causar mi muerte. Se me vienen a la cabeza los momentos más significativos de mi vida: el nacimiento de mi hijo, los abrazos de mi vieja, las risas con amigos, los días con mi esposa.

La noche está helada y una fina lluvia que cae desde el cielo dramatiza más el escenario. Me desespera saber la sensación de angustia que van a sentir mis seres queridos cuando se enteren. Pero es momento de estar tranquilo y concentrado en seguir respirando.

La ambulancia no llega y se empieza a agrupar gente alrededor mío. Mis pulsaciones bajan y mis signos vitales lentamente desaparecen. La luz al final del túnel se acerca y no me queda más nada que a ver, no aguanto más.

Llega la ayuda, pero ya es demasiado tarde, acabo de morir.

Política y venganza

Benjamín Picasso

Era 10 de julio, en una fría madrugada de invierno cuando el médico decidió que mi madre tenía que dar a luz. En mi tierra, Estados Unidos, había una gran disputa entre los nórdicos y los sureños con el objetivo de imponer un único modelo político y económico en el país. Mi padre, nacido en el suroeste, estaba convencido de que lo que había que seguir era el esclavismo ya que, al ser dueño de una importante empresa, le convenía más por la mano de obra. Por otra parte, mi madre, nacida en Massachusetts, siempre era golpeada o agredida verbalmente por mi padre ya que mis abuelos maternos le habían inculcado pensamientos e ideales distintos.

Fueron pasando los años hasta que llegó mi cumpleaños número diez y ahí fue donde observé que las cosas no daban para más. Luego de que un grupo de sureños se metieran en mi casa a los disparos nadie resultó herido, pero que al levantar la cabeza mi madre ya no estaba. Ese maldito grupo se la había llevado.

Llegó el día de la revolución acompañado de los resultados que estaban a favor de los nórdicos, por ende, mi padre se sentía triste. Yo, no muy interesado en la política por mi inocente edad de 12 años, se me da por preguntarle diversas cosas sobre mi madre. Él

se ve anonadado al verme con una actitud de bronca e impotencia ya que lo que yo buscaba eran respuestas, hasta que me confiesa, con lágrimas en los ojos que él había tenido incidencia en la desesperación de mi madre. Había llamado gente que estaba muy entremetida en la política para terminar con mi madre y se pensó que nunca me daría cuenta de esto.

Ni bien me entero, agarro camino sin rumbo para despejar la mente y poder estar en paz.

Estando hace dos días en la calle, cayó la noche y en lo único que pensaba era en venganza. Entonces, llamé a mi padre para perdonarlo, que entendía su situación y que quería reunirme con él.

Llegó la hora de encontrarnos y lo que menos pensaba mi padre era que su vida iba a terminar en manos de su hijo a través de una bala en su cabeza, y así fue como si pensarlo dos veces vengué la muerte de mi madre.

Si la hubiéramos ayudado

Charo Romero

Era verano en la ciudad de La Plata y en febrero, regresan los carnavales. Con mi mamá se nos ocurrió ir a la Estación Vieja, donde se suelen festejar.

Nos bajamos del micro y mientras llegábamos vimos a una pareja discutiendo. El novio la agarraba muy fuerte del brazo, ella tenía una expresión en la cara de mucho miedo. Pálida, ojerosa y triste. Él le gritaba y ella lloraba, pasamos por al lado y la soltó.

Luego de festejar el carnaval y llegar a mi casa me puse a pensar en lo que había pasado ¿Por qué no reaccione? ¿Por qué no la ayudé? Tenía muchas preguntas que no sabía cómo responder. En esos momentos, sentí mucha impotencia de que esa mujer no sea libre como lo soy yo. Me arrepentí de no haber hecho nada.

Pasaron los días y me levanté una mañana. Lo primero que hice fue poner la radio, escuché que una chica había sido asesinada por su novio. Inmediatamente, prendí el televisor, puse el noticiero y vi su cara. A partir de ese momento, empecé a actuar.

Todo en el lugar

Candela Rossi

Se encontraba sola en su casa alrededor de las doce de la noche. Recién terminaba de lavar los platos y se dirigía caminando a la cama con la intención de dormir. El olor a té inundaba todo el ambiente y le provocaba una agradable sensación. Una vez acostada y con su perra al lado haciéndole compañía, comprendió que dormir no le sería tan fácil.

Ella siempre fue una esas personas incapaces de dormir con luz o sonidos, por lo que se relajó con un rato de televisión, pero cuando el sueño finalmente le invadió, apagó el aparato y dio media vuelta para rendirse de cansancio. En lo que parecieron menos de cinco minutos comenzó a escuchar sonidos que parecían venir de la casa vecina. Niños riendo y gritando y segundo después, la voz de un hombre adulto retándolos.

Comenzó a despertarse, dando vueltas en el lugar intentaba concentrarse en el sueño, pero cada segundo se le hacía más difícil. Resignada a la idea de que el silencio volvería, optó por golpear la pared repetidas veces con la intención de que entendieran que intentaba dormir. Sin embargo, parecía en vano porque los ruidos no cesaban, volvió a girarse, esta vez hacía su derecha, acomodando su almohada dispuesta a dormir sin importar qué. Fue entonces cuando las voces de los niños se convirtieron en una música insoportable que parecía estar sonando al lado de sus oídos en su máximo volumen.

En ese momento, intentó moverse, pero su cuerpo estaba completamente inmovilizado y la única reacción que logró llevar a cabo fue la de abrir los ojos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, cada centímetro de su piel se erizó y el terror se apoderó de ella cuando la música se volvió a transformar en la voz de un hombre gritándole al oído. No podía distinguir palabra alguna, solo le gritaba. Una vez abiertos los ojos lo pudo observar parado frente al placar, más específicamente, solo a su sombra. Pudo distinguir un traje marrón y un sombrero que le hacía juego.

Al ritmo de sus gritos se movía su cuerpo, como si se quebrara cada uno de sus huesos, o como si estuviera convulsionando en el lugar. Ella aún seguía sin poder moverse, completamente paralizada y con la respiración entre cortada. No podía hablar, un sonido o un movimiento se había convertido en una acción imposible. Él seguía gritando y contorsionando cada una de las partes de su cuerpo, como si no fuera capaz de sentir cansancio o simplemente no pudiera parar.

Cuestión de segundos después, realmente pudo abrir sus ojos para darse cuenta que todo había sido una pesadilla. Estaba cubierta de sudor y su respirar realmente estaba agitada, los latidos de su corazón completamente acelerados. Su perro aún seguía

durmiendo a su lado como si nada, y esa fue, la primera vez que necesitó prender la televisión para poder conciliar el sueño.

Mi paraíso

Juan Esteban Solorzano

Mi muerte, aunque trágica, era esperable debido a mi estilo de vida desordenado y peligroso. Lo que nunca llegué a pensar es que el camino al paraíso fuera de esta manera. En primer lugar, tuve que abrirme paso luchando contra las almas condenadas a vagar por el mundo espiritual, esta batalla, generó en mí una gran adrenalina y excitación.

Después se presentó ante mi Julián, mi mejor amigo, quién había fallecido dos años antes que yo. Hablamos por un largo tiempo y me dio consejos importantes. Por último, se cruzó en mi camino el diablo en persona. Él me ofreció a volver a la vida. Sin embargo, recordé las recomendaciones de mi amigo y seguí adelante.

Ya en las puertas del paraíso, intenté sentirme satisfecho y disfrutar de una eternidad tranquila y en paz. No obstante, y después de mucho pensar, me di cuenta de que esta inmortalidad o era de mi agrado, por la cual me presenté ante Dios quien muy enojado, me condenó a volver al inicio del camino.

Allí me encontré, repitiendo esta travesía una y otra vez para toda la eternidad. Sinceramente, este es mi paraíso.

Venganza fotográfica

Nazareno Sosa

Era mi primer día en la facultad, comenzaba mi carrera de comunicación social. Era un martes hermoso, caluroso y soleado, no había ninguna nube. En un receso entre una materia y la otra, decidí sentarme bajo un nogal en el patio de la facultad. Tan preciosa vista era la que tenía del sol iluminando las hojas del árbol desde arriba que saqué una foto de mi perspectiva, con el fin de subirla a las historias de *Instagram* con la etiqueta "Facultad de Periodismo y Comunicación Social".

Un rato después, ingresé a cursar mi última materia del día. Sentado en el aula, cinco minutos antes de que inicie la clase, observo que un amigo me contestó la foto debajo

del nogal con otra foto. Dicha imagen consistía en su televisor mientras se reproducía una película en *Netflix*, echándome en cara que mientras yo estaba en la facultad, él estaba cómodamente en su casa.

Sin embargo, este amigo, que estudia ingeniería, cursa algunas materias los sábados, dato que me había comentado una semana atrás. Por ende, aguardé hasta el próximo sábado para devolverle la maldad. Ese día a eso de las diez de la mañana, le mandé una foto al colega sin previo aviso. Esta vez la foto consistía en mi televisor mientras miraba *Netflix*. "Que hdpjajajaja" fue su respuesta.